

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Tin, Louis-Georges: *La invención de la cultura heterosexual*, Buenos Aires, El Cuenco del Plata, 2012.

Patricio Simonetto

UNQ

patriciosimonetto@gmail.com

El último libro del especialista en historia de la sexualidad Louis-Georges Tin es el primero de tres volúmenes que componen el desafiante proyecto del autor. Un aporte útil para todos aquellos que inscriben su trabajo académico en el campo de los *estudios de género*, esencialmente aquellos que apuntan al estudio de las cuestiones LGTTBQI.¹ El primer volumen analiza un momento decisivo de la historia del occidente cristiano, los siglos XII y XIII, donde emerge la representación heterosexual y entra en pugna con las relaciones homosociales y las representaciones de la cultura medieval con el objeto de convertirse en la única representación válida. En un segundo volumen el autor promete realizar un desarrollo comparado entre Francia y Estados Unidos durante el siglo XIX sobre la consolidación de esta tendencia y el desarrollo de las representaciones y las estrategias de legitimación de la cultura heterosexual.

Louis-Georges Tin es profesor de literatura de la Universidad de Orléans (Francia) y ha

¹ La sigla corresponde a: Lesbianas, Gay, Transexuales, Transgénero, Bisexuales, Queer e Intersex.

dedicado gran parte de su vida a estudios dentro de este campo específico. A su vez fue coordinador del *Diccionario de la homofobia* y se especializa en la historia de la sexualidad y problemáticas raciales.² Activista y reconocido militante por los derechos humanos, fundador del Día mundial de lucha contra la homofobia, ha recibido importantes reconocimientos internacionales.

Son recurrentes los trabajos que indagan sobre las cuestiones relacionadas con la homosexualidad. Los llamados *estudios queer* o los *estudios de género* llevan décadas de desarrollo y han logrado instalarse dentro del campo académico. Tomando nota al respecto e inscripto en este mismo campo, Georges Tin busca con su texto abrir espacio a un nuevo tipo de investigaciones, los *estudios heterosexuales*, como un campo prácticamente no indagado. Este notable ensayo resulta sumamente agradable para la lectura puesto que, sin perder rigor académico, se torna ágil y presenta ideas nítidas. El aporte del texto es el de constituirse en una guía clara para comprender el desarrollo de conceptos como la *heteronormatividad*, a la cual recurrentemente se apela en este campo de estudios. A su vez, el método empleado resulta de utilidad para pensar paralelismos en otras regiones del globo, es decir, en la constitución de lo que el autor invita a explorar y llama *estudios heterosexuales*.

Lo que impulsó a Georges Tin a avanzar en esta dirección fue un comentario que recibió en una cena con amigos en la que la mujer de su colega le dijo: “eso no está bien. La gente va a pensar que la heterosexualidad no es algo natural” (p. 214). Esta sugerencia lo llevó a reflexionar sobre el mecanismo que impulsa a los estudios hacia lo “raro”, dando por sentado que ya todos compartimos un conocimiento sobre la heterosexualidad y no que éste ha sido construido. De allí que el autor toma de un modo muy original los textos referidos al amor cortés, la literatura y las producciones culturales, entre ellos esencialmente los cantares, la poesía, el teatro y los tratados médicos. Es precisamente en el proceso de recolección de datos donde Georges Tim descubre que la heterosexualidad actúa como un imperio invisible (p. 7).

2 Tin, Louis-Georges: *Diccionario de la homofobia*, Madrid, Editorial Akal, 2012. El título apunta a compartir desde una óptica pedagógica distintas estrategias con las que se pueden desarticular los mecanismos sociales que llevan a la agresión homofóbica.

Al explicar el método de forma más acabada, el autor posiciona a la reconstrucción histórica como un acto anacrónico en sí mismo, cuyo potencial crítico radica en la posibilidad de revelar elementos que los sujetos de ese período difícilmente pudieron haber notado. De allí que desarrolla su marco teórico desde el constructivismo, sobre el cual haremos las consideraciones pertinentes hacia el final de la reseña. Por otro lado, su lectura es androcéntrica, es decir, con los ojos puestos en lo masculino. Esto lo justifica en el hecho de que dentro de la bibliografía encontrada, el papel de la mujer es prácticamente marginal, por lo cual existe una dificultad aún mayor de explicar la historia de la *heterosexualidad femenina*. A su vez, cabe destacar que el análisis realiza un recorte espacial centrado principalmente en Francia e Inglaterra y en alguna medida en otras regiones de Europa. Siguiendo con la delimitación metodológica, el autor indica que tomará en cuenta las representaciones dentro del campo de la cultura dominante, pues es en esa esfera donde se gesta el dominio del amor cortés.

Considerando los datos analizados, Georges Tin establece el siglo XII como punto clave de la emergencia de las representaciones heterosexuales junto al desarrollo de la ética y el amor cortés. A lo largo de la primera parte del libro dará cuenta de este desarrollo explicando la resistencia de tres sectores: caballeresco, clerical y médico, así como sus respectivos discursos.

La resistencia caballerisca

En el siglo XII emerge una nueva práctica cultural que es el amor cortés. Antagónico con las relaciones hasta entonces prioritariamente homosociales, comienza a buscar espacio dentro de las representaciones sociales. Las prácticas culturales de las comunidades de caballeros implicaban acciones de guerra, es decir, relaciones grupales entre hombres, largos viajes en conjunto, la exaltación de la amistad y el amor viril, que constituían un lazo orgánico propio de la sociedad feudal. En este marco relacional, el rol de la mujer era el de justificar la amistad; muchas veces subproducto de esto los amigos terminaban comprometiéndose con las hermanas de sus compañeros de combate.

A través del análisis de los cantares, entre ellos el de Olivier y Roldán, Yvon e Yvoire, Gérin y

Gérier, el autor deduce la coexistencia y el enfrentamiento posterior de estos elementos. Mientras que los caballeros buscaban mantener la ética caballeresca como un elemento resistente y asociado con las propiedades masculinas, las nuevas relaciones heterosexuales aparecían para los caballeros como un lugar ganado para las mujeres y, por ende, un riesgo para sus privilegios. El autor indica que es en esta época cuando se codifica la acusación sodomita como arma principal de la heterosexualidad. Sin embargo, la sodomía no era antagónica con la representación heterosexual, sino que lo que se le oponía eran los lazos homosociales que consistían principalmente en la exaltación de lo masculino como factor dominante. Es decir, a pesar de que la sodomía ocupaba un espacio marginal en la vida social, se buscó ligarla a la homosociabilidad como una estrategia para debilitar esta posición.

Con el advenimiento del Renacimiento, y centralmente en el siglo XVI, los héroes de los cantares son retomados por la nueva cultura heterosexual. Pero lejos de respetar los lazos homosociales, los héroes emprenden grandes luchas por sus prometidas. Es en el siglo XVII donde, según Georges Tin, la heterosexualidad triunfa totalmente sobre la resistencia caballeresca porque se termina de gestar el proceso iniciado y la significación del amor queda totalmente emparentada con las relaciones heterosexuales.

La resistencia del clero

La Iglesia Cristiana luchó contra este nuevo tipo de relaciones. El miedo principal de la institución eclesiástica consistía en que el nuevo tipo de amor alejara a los fieles del amor a dios. Su lucha fue a su vez, reforzada por la misoginia presente en su discurso, llegando incluso a afirmar que EVA deviene de VAE, cuyo significado etimológico es desgracia (p. 88). A diferencia de los hebreos, cuya tarea implicaba poblar el mundo, para los cristianos el único deseo válido era el de trascender al mundo terrenal y acceder al cielo. La espiritualidad cristiana debía enfrentar al amor cortés, por lo cual la iglesia comienza a perseguir a los trovadores eróticos.

Ante la imposibilidad de derrotar la emergencia de la cultura heterosexual, la Iglesia Católica buscó poner límites a la posibilidad de que el amor cortés anulara al amor espiritual. Una de las primeras acciones en este sentido fueron las reformas de las medidas conciliares que

tendían a aumentar la posibilidad del mercado erótico (aplazando el rango del incesto del 7º al 4º grado) y fortaleciendo la institución del matrimonio, monopolizando y acrecentando el caudal de familias cristianas bajo la esfera eclesiástica (p. 99). A su vez, el control sobre la poesía implicó la creación de comités supervisados por los mismos obispos. A modo de maniobra y para evitar las acciones punitivas del poder eclesiástico, los poetas comenzaron a disfrazar el amor cortés de amor místico.

Durante el siglo XVI se abrió el debate en torno al matrimonio dentro de la institución eclesiástica que termina acelerando el proceso de segregación, volviéndose un elemento definitorio en la ruptura de luteranos y reformadores. Fue durante el siglo XIX y a principios del XX que la Iglesia culminó aceptando esta nueva cultura emergente y contribuyó a su naturalización.

La resistencia médica

El último sector resistente analizado por el autor es el médico. Desde un principio los registros médicos indican al amor cortés como un síntoma de una patología social y comienza la búsqueda por las explicaciones biológicas de éste. Para el discurso biomédico no existía explicación alguna en la naturaleza que condicionara al hombre a amar exclusivamente a la mujer, a sostener una pareja, por fuera de la copulación.

En el siglo XVI la búsqueda de remedios para el amor y sus enfermedades llevaría a los médicos a “recetar” las prácticas sexuales como un método curativo. Llegado el siglo XVII las enfermedades del amor se hacen recurrentes en los tratados médicos. Pero durante el siglo XIX, aceptado ya al amor cortés, la psiquiatría comienza a hablar del “amor loco”. En este marco, la acusación sodomita se re codifica en el término homosexual, el cual es asociado con la negación de lo humano. Este enfrentamiento deriva en el fortalecimiento del discurso heterosexual.

En el campo del conocimiento, el desarrollo de esta nueva cultura, deriva en que durante el siglo XX se desarrollen debates sobre los mecanismos que debían emplearse, sobre todo en el campo educativo, para fortalecer el carácter heterosexual. Es tal el grado madurativo de la derrota de las viejas relaciones homosociales y los distintos grupos resistentes, que en 1998 se vota en

Inglaterra la cláusula 28, que especificaba que los docentes debían aclarar explícitamente en sus clases la superioridad de la heterosexualidad (p. 205). Por este camino es que el autor nos brinda un análisis sobre la constitución de la cultura heterosexual, que hoy se presenta dominante.

Aportes críticos al texto

El texto reseñado resulta no solo un aporte interesante para aquellos que inscriben su práctica en los *estudios de género o queer* sino también para quienes simplemente se preguntan sobre la organización social heterosexual y sus normas. Los aportes que este libro nos brinda permiten, por ejemplo, dar cuenta del carácter histórico de un elemento clave para estos estudios, como es el de la *injuria*,³ cuyo antecesor podemos encontrar en la acusación sodomita.

Como indica el autor, la heterosexualidad se edifica como un imperio invisible, lo que trae como consecuencia que trabajar sobre este objeto, encontrar la bibliografía necesaria, reunir y analizar datos, tejer hipótesis, se torne una tarea sumamente difícil pero, a la vez, sumamente relevante. Este es uno de los grandes aportes del libro: incita a abrir y explorar un campo prácticamente nuevo, pero para esto vale hacer ciertas consideraciones críticas sobre el mismo.

Para empezar, debemos señalar que están ausentes las condiciones de posibilidad de la emergencia y las transformaciones estructurales que influyeron en estos cambios iniciados en el siglo XII. El poder y sus estrategias aparecen en el texto como meros movimientos discursivos y no como el poder punitivo real de lo que estas operaciones representaban. La acusación sodomita como tal no tendría, tal vez, ningún efecto si fuera meramente un acto consensual. Su poder se halla en los actos que tienen consecuencias en la vida real. Las prácticas hegemónicas consisten en la combinación de distintas dosis de la coerción y el consenso, no solo en una de sus partes. Además su interacción es desigual y combinada.

Cuando el autor indaga elementos propios de la cultura dominante incurre en una falla, al

3 Concepto empleado por Didier Eribon que implica un *continuum* lingüístico, una amenaza constante sobre los valores negativos de las prácticas sexuales no hegemónicas. Ver Eribon, Didier: *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona, Anagrama, 2001.

no dar cuenta de qué condiciones tanto de poder, sociales, políticas o económicas le permiten al discurso heterosexual imponerse y escribir la historia. Podríamos decir, aunque con algunas excepciones, que el poder (y sus formas más allá de las representaciones) es el gran ausente del texto. En este sentido, agregaría profundidad teórica indagar sobre las condiciones de producción de dichas representaciones y no solo sobre las representaciones en sí mismas. La pregunta que podría aportar este análisis sería ¿bajo qué matriz de producción se llevó a cabo esta disputa?

No es casual que el autor incurra en este tipo de omisiones ya que se inscribe dentro del paradigma constructivista. El mismo, que parece dominar en la estructura de este tipo de estudios, ha derivado en posiciones semi liberales que pierden muchas veces de vista la materialidad del cuerpo, la matriz de lectura de éste y la trama de poderes que lo atraviesan. Estas críticas son parte fundamental del debate abierto por Judith Butler en su libro, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*.⁴

Por otro lado, será necesario, si es que realmente existe una apuesta a fundar este campo (el de los *estudios heterosexuales*), que los *estudios de género* hagan un esfuerzo por romper el androcentrismo que sesga la mirada de este estudio. Entendiendo a la unidad sexual como un elemento compuesto de dos partes, aunque dominada por lo masculino. Solo se llegará a una comprensión más aproximada del fenómeno, cuando se logre avanzar en la reconstrucción de la historia de la *heterosexualidad femenina*.

Por último, podríamos considerar que en la decisión metodológica del autor de analizar elementos de la cultura dominante, dejando de lado la cultura subalterna, existe una supresión significativa. Al referirse al siglo XII, teniendo en cuenta que el poder casi total del registro estaba en manos de la cultura dominante, no se cuenta con datos de otro tipo. Pero, en los apartados, que refieren a la resistencia del clero y el saber médico, el análisis llega hasta el siglo XX, y no da cuenta de las transformaciones propias de la sociedad industrial. Por un lado, el haber complejizado la trama de la cultura dominante y subalterna con el desarrollo de la alfabetización y la extensión de distintos medios de producción cultural. Por otro, la alteración que los cambios en las condiciones de trabajo y en las tradiciones de la vida social, produjeron en la unidad básica

4 Butler, Judith: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

heterosexual. Tal vez estos aspectos sean incluidos en los próximos volúmenes del proyecto pero, ante su ausencia, se vuelve una indicación pertinente.

Será tarea de aquellos que sigan el planteo de Georges Tin avanzar en incorporar a este nuevo campo algunas de estas consideraciones. Como así también ampliar los dominios de este campo a consideraciones propias de la región latinoamericana y, por qué no, asiática. Como culmina el texto, estos son caminos por indagar y para que ello suceda será solo cuestión de hacer, como invita el autor de un reconocido diccionario, “un esfuerzo más” (p. 224).